

Sesión Plenaria de la Mañana – Obispo Oscar Cantú

Muy buenos días. ¿Cómo amanecieron? Muy bien.

Buenos días a todos. Voy a pararme aquí para poder verlos y tal vez ustedes también puedan verme a mí.

Estuve hablando con mi mamá hace unas semanas cuando se había anunciado por el Santo Padre que me estaba asignando – una nueva asignación pastoral – y moviéndome de la Diócesis de Las Cruces en Nuevo México a California, a San José. Respondió mi mamá, “mi hijito, pues el Papa te va moviendo más y más al mar. Vas a terminar en Japón.” Cuando, hace más de 5 años en aquel entonces, el Papa Benedicto me mandó de Texas a Nuevo México, fue una nueva experiencia para mí. Yo que me crie junto al Golfo de México, con la humedad y los zancudos. Y ahora al desierto. Y fue una nueva cultura, una historia distinta y una experiencia que no conocía. Algo que vi por primera vez en vivo eran estas plantas que se secan en el desierto y porque no tienen raíces profundas vienen los aires fuertes del desierto, las levantan secos y allí van rodando – rodar y rodar.

Tuve una nueva experiencia cuando me enviaron de Texas a Nuevo México, nunca había visto en persona una planta rodadora. Las había visto en las películas. No me di cuenta de que en realidad existían. Y así, cuando vinieron y se estrellaron contra mi casa y cuando chocaron a mi carro y cuando chocaron a mí, las levanté y las examiné. ¿Qué es esto? Y me di cuenta de que eran plantas que no tenían raíces suficientemente profundas y en la sequedad del desierto se secarían por completo. Y con los aires fuertes del desierto serían arrancados e irían rodando y rodando y rodando.

Durante tres meses en Nuevo México es la temporada de lluvias. Tenemos estas tormentas eléctricas. ¿Está Nuevo México aquí?

¿Dónde está Nuevo México? Están medios dormidos. Es que anoche los vi bailando sobre las mesas y yo me corrí.

Es sábado así que pueden ir a la confesión. Está bien.

Me pregunto a veces reflexionando sobre un mundo muy cambiado, un mundo que está cambiando ante nuestros ojos, tan rápido y tan drásticamente. Me pregunto y me preocupo a veces. ¿Nos estamos convirtiendo en plantas rodadoras espirituales?

¿Nos estamos convirtiendo nosotros en estas plantas secas que los levantan los aires y que van rodando y rodando?

Si no tenemos raíces suficientemente profundas, cuando llegue la temporada seca – y ya aquí está la temporada seca, amigos míos, y será larga. Y este es un momento para que tú y yo profundicemos. Profundizar para que nuestras raíces puedan encontrar agua, para que nuestras raíces encuentren agua viva. No nos convirtamos en plantas rodadoras espirituales.

Hace mucho tiempo, cuando estaba en el seminario, hace unos tres años, mis amigos del seminario y yo apenas habíamos terminado la temporada de exámenes, por lo que habíamos estudiado mucho durante toda la semana. Estábamos tomando exámenes, estábamos escribiendo ensayos, nos quedábamos despiertos la mitad de la noche. Y finalmente, terminamos los exámenes y finalmente pudimos relajarnos un poco. Entonces, un grupo de nosotros decidimos salir un sábado por la noche para comer

hamburguesas juntos y ver una película. Y así, tuvimos una buena comida y nos juntamos y nos divertimos un poco y fuimos a ver una película. Cuando llegamos al teatro, los cortos ya habían comenzado, por lo que el teatro estaba oscuro y, como era sábado por la noche, estaba bastante lleno. Tuvimos que esperar hasta que la luz saliera de la pantalla para poder ver dónde estaban los asientos vacíos. Entonces, caminaríamos un par de pasos y luego nos detendríamos en la oscuridad. Luego se encendió la luz y vimos algunos asientos, así que caminamos un poco hacia adelante. Y encontramos tres o cuatro asientos vacíos juntos, así que dejé entrar a mis amigos primero como un buen caballero. Y cuando llegó mi turno de entrar, hice una genuflexión y ...

Me di cuenta de lo que hice tan pronto como lo hice. Gracias a Dios, el teatro se oscureció en ese momento. Pero me parece que eso es lo que hacen tantas personas en el mundo actual. Que estamos haciendo una genuflexión hacia algo que no es sagrado. Hay algo dentro de nuestros corazones, hay algo dentro de nuestro ADN espiritual que busca algo sagrado y nos hace querer hincarnos ante algo, ante alguien. Y la gente no encuentra lo que es verdaderamente sagrado. Debido a que se encuentran contigo y conmigo, que se supone que somos signos de lo sagrado, y tal vez no lo ven. Hermanos y hermanas, este es un momento para usted y para mí, durante esta temporada seca y larga, para que tú y yo profundicemos. Para que podamos encontrar esas aguas vivas que nos alimentarán. Eso nos alimentarán y nos permitirán finalmente dar frutos. Para dar fruto que es sagrado. Dar fruto de alegría y de felicidad y de paz. Tantas cosas han cambiado en nuestra cultura ante nuestros ojos. Tan rápidamente. Pero una cosa que no ha cambiado es el corazón humano.

El corazón humano sigue añorando el amor. Sigue buscando la belleza y sigue deseando lo que es bueno.

El corazón humano todavía añora lo que es bello. Lo que es bueno y lo que es la verdad. Nosotros tenemos eso. La Iglesia tiene esto.

La Iglesia tiene eso – lo que es bueno, bello. Y es eso – viene en el nombre de Jesucristo. Pero tú y yo tenemos que ser las manos, tú y yo tenemos que ser la voz, tú y yo tenemos que ser la presencia en este mundo.

Profundicemos para que podamos dar fruto.

Había un hombre un sábado que salió a limpiar la yarda de su casa y mientras que estaba limpiando salió el sol muy fuerte, muy bonito. Ya cuando estaba casi terminado de limpiar la yarda pasaba un señor vendiendo fruta. Con sed y con un poco de hambre, se acercó al señor que tenía su carretilla y vio una fruta que no conocía. Y le preguntó al señor, “y esta fruta, ¿qué?” La levantó, vio que era bellísima, que tenía un olor dulce. Amarillo, anaranjado, colorado. Dice el señor, “es un durazno.” Y lo mordió el señor y una dulzura tan tremenda. Hazte cuenta que se murió y se fue al cielo. Le escurría el jugo por la barba y él se quedó mirando hacia el cielo con esta belleza de dulzura y de jugo. Antes de que supiera ya se lo había terminado y con un gozo tremendo quería compartirlo con su familia. Buscó al señor con la carretilla y ya se había ido. Ya no estaba. Corrió para ver si lo encontraba y nada. Desapareció. No.

Corrió dentro de la casa, entró a la cocina, encontró a su esposa y le enseñó la semilla. Dice, “Mi hija, mira lo que encontré. Una fruta bellísima con tanto jugo, tan dulce. Se llama un durazno.” Y le muestra la semilla. Esta semilla seca, fea. Le mira a su esposo y le dice, “Mi hijo, ya métete del sol.” Fue con sus hijos que estaban viendo las caricaturas. “Hijos, encontré una fruta tan dulce, tan rica, tan bella. Con

distintos colores. Miren lo que encontré.” Dijeron, “Dad, you’ve lost it.” Pues ya triste salió de nuevo a la yarda. Se sentó y viendo esta semilla seca, fea. Ya triste la tiró. Pero luego se le prendió una luz. Fue al garaje y regresó con una pala. Comenzó a escarbar. Plantó esta semilla. Le puso suficiente abono. Y comenzó a echarle agua. Y todos los días sin fallar venía a echarle agua. Después de un año había brotado la planta que después se hizo en un árbol. Y después de unos años comenzó a dar fruto que compartió con su familia.

Hermanos y hermanas, si queremos dar fruto como Iglesia, tenemos que cuidar las raíces. De las raíces a los frutos.

Si queremos compartir los frutos de la Iglesia, de amor, de paz, de alegría, tenemos que ver y echarles agua a las raíces. Tenemos que sembrar semillas, poner buen abono, para que tengan alimentación y echarles agua. El agua del amor, el agua de la fe, el agua de la esperanza.

Todos queremos disfrutar y compartir la dulzura de la fruta. Pero para ello debemos tener en cuenta las raíces.

Dios los bendiga.